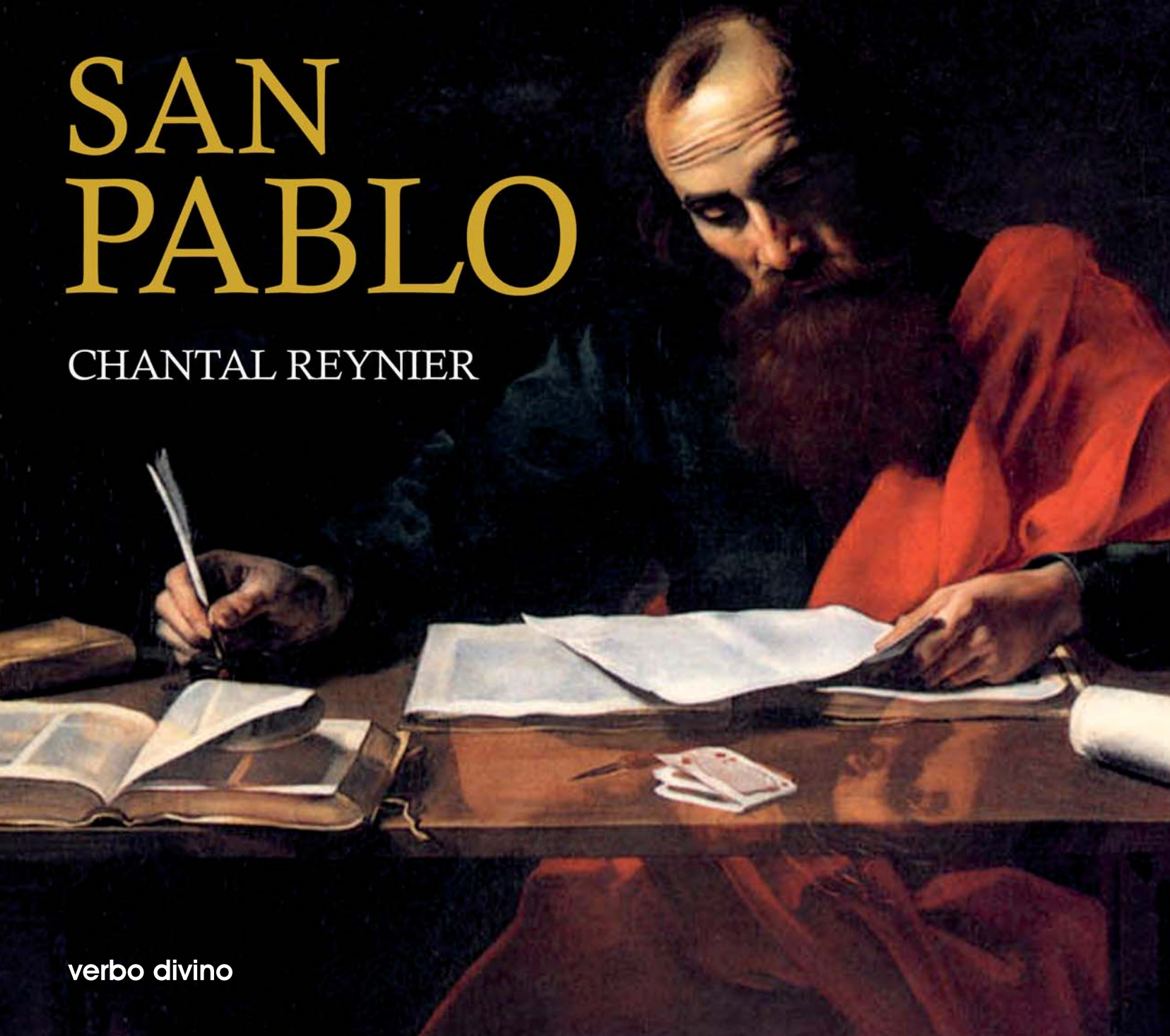


Para leer a

SAN PABLO

CHANTAL REYNIER



verbo divino

Índice

| | | |
|---|---|-----|
| PRELIMINARES | | 7 |
| INTRODUCCIÓN | En tiempos de la dominación romana | 9 |
| I. GÉNESIS DE UN APÓSTOL | | 13 |
| INTRODUCCIÓN | Del judaísmo a Jesús | 15 |
| CAPÍTULO 1 | Pablo, «hebreo, hijo de hebreos» | 17 |
| CAPÍTULO 2 | Cristo al encuentro de Pablo | 25 |
| CAPÍTULO 3 | La herencia farisea trastocada | 33 |
| II. ITINERANCIA APOSTÓLICA Y PREOCUPACIÓN POR LAS IGLESIAS | | 39 |
| INTRODUCCIÓN | Viajar por el Imperio | 41 |
| CAPÍTULO 1 | El primer gran viaje a Chipre y Asia Menor | 47 |
| CAPÍTULO 2 | El paso a Europa | 51 |
| CAPÍTULO 3 | Éfeso | 59 |
| CAPÍTULO 4 | El traslado a Roma | 63 |
| CAPÍTULO 5 | ¿Otros viajes? | 69 |
| CONCLUSIÓN | | 73 |
| III. LA OBRA EPISTOLAR | | 73 |
| INTRODUCCIÓN | Las cartas de Pablo en el Nuevo Testamento | 75 |
| CAPÍTULO 1 | Escribir para testimoniar | 77 |
| CAPÍTULO 2 | Las dos cartas a los Tesalonicenses | 87 |
| CAPÍTULO 3 | Las dos cartas a los Corintios, la carta a los Filipenses y la carta a Filemón | 91 |
| CAPÍTULO 4 | La carta a los Gálatas y la carta a los Romanos | 101 |
| CAPÍTULO 5 | La carta a los Colosenses y la carta a los Efesios | 111 |
| CAPÍTULO 6 | Las llamadas cartas «pastorales» | 117 |

| | |
|---|---|
| IV. LAS LÍNEAS DIRECTRICES DEL MENSAJE PAULINO | 123 |
| INTRODUCCIÓN | La dinámica del mensaje 125 |
| CAPÍTULO 1 | Anunciar al Crucificado 127 |
| CAPÍTULO 2 | La salvación en Cristo 133 |
| CAPÍTULO 3 | La filiación 139 |
| CAPÍTULO 4 | El hombre en Cristo 143 |
| CAPÍTULO 5 | La vida en el Espíritu 147 |
| CAPÍTULO 6 | Dimensión privada y dimensión pública de la existencia cristiana 153 |
| CAPÍTULO 7 | El único designio de Dios en la historia 161 |
| CAPÍTULO 8 | La Iglesia, beneficiaria y testigo de la persona y la obra de Cristo 167 |
| CAPÍTULO 9 | Creación y designio de Dios 175 |
| CAPÍTULO 10 | El Día del Señor 181 |
| ANEXOS | 187 |
| | Cronología 189 |
| | Glosario 190 |
| | Índice de referencias 192 |
| | Índice de textos comentados 193 |
| | Índice «Para saber más» 194 |
| | Índice de mapas 196 |
| | Sugerencias de lectura 196 |

Preliminares

La lectura de los escritos de Pablo no deja indiferente. Si la genialidad de Pablo nos sorprende, algunas de sus palabras nos sumen en la perplejidad.

Un pensamiento fuera de lo común

En efecto, no siempre es fácil seguir la argumentación del Apóstol, construida a la vez con afirmaciones perentorias y abruptas interpelaciones. La sucesión de los temas abordados no se capta espontáneamente en su lógica y pertinencia. Así, a modo de ejemplo, ¿por qué la primera carta a los Corintios nos presenta, desordenadamente, junto a grandes afirmaciones sobre la cruz y la resurrección, exhortaciones sobre el celibato, el matrimonio, los tribunales civiles y la alimentación? Estas palabras nos parecen incluso mezcladas con citas del AT, que las hacen difíciles de entender. Nos desconciertan porque ignoramos los problemas concretos a los que responden, sin negar sin embargo que también se corresponden con los que nosotros tenemos.

Por otra parte, el tono que Pablo emplea también sorprende, e incluso, en algunos casos, molesta. Si Pablo se muestra lleno de afecto por los tesalonicenses, a los que califica de «amados del Señor», es temible para los gálatas, a los que trata sin miramientos de «estúpidos» y de «insensatos». ¿Por qué se permite tratar a los cristianos de una forma que calificaríamos con facilidad de injusta? Así pues, en la lista de los reproches dirigidos a Pablo figura en

un buen lugar el de intolerante. Se le acusa también de misógino. Se le califica de antijudío. Se le tacha incluso de dualista, al denunciar la carne para exaltar el espíritu. Esa actitud suya, que nosotros interpretamos como autoritaria, parece imponer su voluntad a las comunidades en lo que concierne no sólo a la fe, sino incluso a las costumbres. Hasta se llega a pretender que es el «fundador del cristianismo». Para decirlo todo, su propia personalidad nos incomoda, porque su «yo» está omnipresente.

Un pensamiento irremplazable

Hay que reconocerlo: los escritos de Pablo tienen un acceso exigente, habida cuenta de que un buen número de expresiones que emplea se han vuelto extrañas para nosotros. El lector actual lee las cartas con los clichés que dos mil años de historia, hecha de pasión y de disputas teológicas, han forjado en torno a la persona de Pablo y de sus escritos. Los textos del Apóstol se han vuelto herméticos, porque ya no encontramos en ellos la fuente absolutamente original que los alimenta. Sin embargo, el deber de leer los escritos paulinos se impone, ya que Pablo es un testigo irremplazable, por el excepcional encuentro que el Resucitado ha hecho posible, por su misión universal y por sus cartas, que nos revelan a Cristo. La comunidad eclesial de hoy está invitada a volver a encontrar cada vez más el sentido de las Escrituras en general y de los escritos de Pablo en particular, si quiere permane-

cer viva en la fe. No debe ceder al desánimo por la exigencia real que representa la lectura de estos textos. Pertenecen a la revelación y, por eso mismo, son indispensables para el conocimiento de Cristo. Escritos en un tiempo determinado, tienen un valor para todos los tiempos, no poseyendo otro contenido que el acontecimiento de Cristo.

Las vías de acceso a Pablo

Para descubrir o redescubrir la personalidad de Pablo y el carácter irreemplazable de su mensaje es indispensable partir de sus cartas. Éstas están redactadas, a partir de los años 50, por el propio Apóstol, al menos en el caso de siete de ellas: la carta a los Romanos, las dos cartas a los Corintios, la carta a los Gálatas, la carta a los Filipenses, la primera carta a los Tesalonicenses y el billete a Filemón. La carta a los Colosenses y la dirigida a los Efesios son más tardías, hasta el punto de que se discute su autenticidad; sin embargo, incluso sin resolver ese problema, en ningún caso podemos suprimir el carácter paulino de estas dos cartas, que representan, de hecho, la coronación de un mismo pensamiento. En cuanto a las llamadas cartas «pastorales», se consideran posteriores al Apóstol. Este conjunto de cartas es el lugar por excelencia para descubrir a Pablo, su mensaje, su vida, su obra.

Otra fuente, el libro de los Hechos de los Apóstoles, introduce al conocimiento de Pablo. Es la obra de un historiador que data de los años 80-85 y cuya finalidad es narrar el paso del Evangelio a los no judíos. Sin tener la pretensión de escribir una vida de Pablo, los Hechos de los Apóstoles contienen sin embargo informaciones indispensables sobre la materia: trazan, entre otras cosas, las misiones de Pablo, desde una perspectiva hagiográfica, aunque también histórica. A pesar de que, en nuestra opinión, falten precisiones, no obstante hacen referencia a una coyuntura real. La relación entre los Hechos de los Apóstoles y las cartas es compleja. Por tanto, hay que tener cuidado con querer ha-

cer que coincidan a cualquier precio las dos fuentes, sin por ello impedirnos utilizar ambas. También es evidente que no podemos entender el desarrollo de la Iglesia dejando de lado el papel que Pablo desempeñó en ella desde el principio.

Por último, los *Hechos de Pablo*, los *Hechos de Pedro* y la *Carta de los Apóstoles* son escritos apócrifos* tardíos que datan de los años 180. Son crónicas locales que, a su manera, hacen su contribución a un cierto conocimiento del ambiente paulino. → ***Obra epistolar.*** Esta literatura no es fiable en el plano de los hechos, incluso menos en el plano del mensaje. No obstante, permite descodificar algunos a priori, comprender mejor la irradiación de las primeras comunidades paulinas e interpretar algunas obras de arte que pudo inspirar.

Junto a estas fuentes literarias, esenciales por lo que respecta a las cartas de Pablo y los Hechos de los Apóstoles, hay que tener en cuenta también las investigaciones de los historiadores y los arqueólogos, que nos permiten situar la vida y el mensaje de Pablo en el mundo grecorromano del siglo I. Estas investigaciones, al hacer que conozcamos mejor las instituciones, la vida, la economía, los transportes y la cultura de ese mundo, hacen su contribución al conocimiento de Pablo y de las comunidades cristianas.

Las partes de la presente obra

Así pues, conviene descubrir los escritos de Pablo por la personalidad de su autor y su inscripción en la historia. Por eso la primera parte de esta obra está dedicada al ambiente en que vivió. La segunda parte trata de la itinerancia del Apóstol y de la fundación de las Iglesias. La tercera parte, tras haber presentado la obra epistolar en su conjunto, aborda cada una de las cartas, situándolas también en la historia. Por último, la cuarta parte presenta las líneas directrices del mensaje paulino. La naturaleza del pensamiento y de la obra de Pablo impide separar su vida de su obra: cada una de las partes remite necesariamente a las otras.

En tiempos de la dominación romana

La «paz romana»

Pablo nace en Tarso, en la parte oriental del Imperio romano. Desde la victoria de Actium (30 a. C.), este Imperio está realmente pacificado. Sus límites tienen, en el siglo I, una cierta estabilidad. Van desde España a Siria y Palestina, pasando por Macedonia, Asia Menor (la actual Turquía), Egipto y los países del Magreb. Ciertamente, esta extrema extensión, en la que Augusto organizó las condiciones de la «paz romana» (*pax romana*), presenta aún algunos focos residuales de conflicto, especialmente en Judea, pero también en Pisidia o en Licaonia, en las tierras interiores montañosas de estas regiones de Asia Menor visitadas por Pablo. Sin embargo, por regla general, conquistas y guerras civiles ya no ocupan el primer plano. El bandillaje endémico y algunas revueltas no cuestionan los fundamentos de la autoridad romana.

Si la supremacía de Roma se acepta es porque resulta aceptable y no porque se imponga mediante una fuerza armada que cuadrificaría el Imperio para mantener a los pueblos bajo su bota. La supremacía romana tiene que ver ante todo con su administración. Algunas provincias son administradas directamente: se confían a un gobernador o procónsul, por ejemplo Acaya o Asia. Otras están administradas de forma indirecta, por ejemplo mediante una dinastía local, como en el caso de Judea.

Una sociedad disimétrica y viva

En este vasto Imperio, los habitantes están repartidos muy desigualmente. La población vive esencialmente en las ciudades, que velan por la vida de sus comunidades, la seguridad de los caminos y los servicios, así como por el aprovisionamiento. En la sociedad, las divisiones son muy discriminadoras. Aquellos que han obtenido la ciudadanía romana representan una élite internacional; en el Oriente romano, los notables de las ciudades representan una élite local muy viva. De forma más general, las diferencias son importantes entre el mundo de la ciudad y el del campo, entre las personas libres y los esclavos, entre los civiles y los militares. Las relaciones verticales son preeminentes, ya sean de parentesco, de amistad o de patronazgo.

Este mundo no está fijado. El siglo I se caracteriza por un desarrollo económico de algunas partes del Imperio. La explotación de canteras, tanto en Italia como en Grecia, en las islas del mar Egeo y en Egipto, proporciona materias primas que son transportadas por la cuenca del Mediterráneo. Las mercancías (trigo, aceite, vino, ánforas...) se intercambian por todo el Imperio, sobre todo por mar, debido a su peso o a su fragilidad. La circulación de personas se ve favorecida por una relativa seguridad, por la necesidad de transportar las mercancías y por el desplazamiento de los ejércitos. Los

Hechos de los Apóstoles reflejan esta vitalidad, confirmada, por lo demás, por la arqueología y las fuentes literarias.

Una cultura común

La circulación de las mercancías y de las personas favorece la de las ideas, tanto en el ámbito religioso como en el cultural. En efecto, el Imperio es también una cultura común. En este mundo de múltiples rostros, la lengua es factor de cohesión. El griego se habla en todas partes, incluso aunque no todos lo hablen y a pesar de que subsistan numerosos dialectos (licaonio, arameo, frigio...). También se habla latín. La civilización griega es omnipresente, de forma tal que se esboza una uniformización no sólo en el nivel de los monumentos, sino también en el de los cultos. Esta cultura común permitirá a Pablo orientarse durante sus múltiples viajes. → *Itinerancia*.

Dos mundos religiosamente opuestos

Se trata del politeísmo en su diversidad y del monoteísmo judío. → *Único designio*. Estos dos mundos se distinguen tanto por el número de fieles como por sus prácticas. Los cultos antiguos son religiones creadoras de vínculos sociales, en relación con una comunidad y no con un individuo. La religión transmite representaciones de los dioses y los ritos comunitarios. Las divinidades fundamentan la ciudad y le otorgan su cohesión en torno a sacrificios públicos. Los dioses pasan de Oriente a Occidente, donde su culto obtiene un gran éxito. Lo importante es la práctica colectiva, no la creencia individual. La religiosidad del Imperio, marcada por una búsqueda de la salvación, mezcla de forma natural superstición, magia, astrología y filosofía. Otros tantos aspectos con los que Pablo tendrá que enfrentarse.

Por el contrario, el judaísmo está basado en la confesión de fe en un Dios único que se revela en la historia a un pueblo único que tiene conciencia de su particularidad en medio de las naciones. A diferencia de los dioses adorados por las naciones, el Dios de Israel exige una adhesión del corazón. Una parte del pueblo habita en Palestina, mientras que una diáspora* fuerte y antigua está presente en todo el perímetro del Mediterráneo. → *Hebreo, hijo de hebreos*. Su importancia demográfica no es desdeniable: según parece, en las grandes ciudades, un décimo de la población es judía. Los judíos plantean a los romanos un problema esencialmente político con Judea.

Los romanos aceptan algunas costumbres locales de la provincia de Judea (el sanedrín puede instruir procesos, a pesar de que los romanos ejercen la jurisdicción civil y criminal y les someten a pesados impuestos, que enojan a la población). Pero los nacionalistas pretenden expulsar al ocupante de la tierra que Dios dio a su pueblo. Llevados por un fervor mesiánico, suscitan una revuelta contra Roma, que acabará en la guerra del 66. Es en este contexto de turbulencias políticas y de reivindicaciones de independencia del pueblo en nombre de la Ley donde Jesús anuncia un «Reino que no es de este mundo» (Jn 18,36).

Los romanos reconocen a cada pueblo el derecho a practicar su culto ancestral. En el caso particular de los judíos, primero César y después Augusto les concedieron las exenciones necesarias para poder observar su Ley, a condición de no hacer prosélitos y de no turbar el orden público. → *Hebreo, hijo de hebreos; Itinerancia*. El hecho religioso será sin embargo fuente de conflictos permanentes. Los romanos no se enfrentan a los judíos por el contenido de una religión, a la que por otra parte no tratan de comprender, sino que los choques tienen lugar frecuentemente en las ciudades griegas a propósito de costumbres cotidianas que parecen una traba para el orden público. Así, Pablo

aparece con frecuencia como «fuente de disturbios» en la ciudad. En cuanto a los judíos de Judea, llevan la lucha en nombre de la Ley al terreno político –cosa que no hará Pablo–, lucha que les conducirá a las guerras del 66-70 y del 132-135.

El mundo grecorromano ofrece un universalismo cultural desde el punto de vista de la lengua y de la educación, pero también desde el punto de vista político al integrar las diferentes naciones; los judíos, al participar de la cultura común, están dispersos por el Imperio sin mezclarse con las naciones y volviendo su vista hacia Jerusalén.

Dos ciudades simbólicas: Jerusalén y Roma

Jerusalén no significa nada en el plano económico, sino que debe su importancia a su estatuto de lugar santo del mundo judío. En tiempos de Pablo tiene la apariencia de una ciudad al estilo romano gracias a los trabajos de urbanización llevados a cabo por Herodes (teatro, palacio, hipódromo...). Goza de una autonomía aparente, ya que los romanos han establecido al gobernador en Cesarea. El Templo, cuya explanada fue agrandada, sigue siendo el símbolo por excelencia de la presencia del Dios único. La sociedad es cada vez más internacional y abierta, hasta el punto de que las advertencias del atrio del Templo fueron redactadas en griego y latín, en vista de los numerosos visitantes romanos y griegos. A pesar de su función estrictamente religiosa, se convirtió en un lugar de agitación política en el que algunos judíos, llamados zelotas*, mantie-

nen la lucha contra los romanos. Para los judíos es la ciudad santa.

Roma es ya la magnífica ciudad que causará la admiración de las cada vez más numerosas personas que llegan a ella a partir del siglo II. Prueba de ello son las construcciones de Pompeyo, César y Augusto... Cuenta con un millón de habitantes que se hacían en calles estrechas y tortuosas, con todo lo que esto supone de promiscuidad, insalubridad, ruido e inseguridad. La violencia está por todas partes; la circulación es difícil. Habrá que esperar al incendio del 64 para que aparezca un verdadero proyecto de urbanismo.

Sin embargo, Roma es el centro del mundo. Puesto que Roma depende del mundo para sobrevivir, hacia ella convergen las mercancías más necesarias para la vida: el trigo de Egipto o de África, pero también los perfumes de Arabia, las especias, los aromas y el cristal procedentes del sur de Arabia por Alejandría, las maderas y los vidrios de Tiro, así como los mármoles de Asia y de Grecia... «Roma resplandeciente de oro», que «posee las inmensas riquezas del mundo que ella ha hecho suyas», exclamaba cincuenta años antes el poeta latino Ovidio (*Arte de amar* III, 121-122). Es en los foros, centros vitales de la ciudad, donde se decide la política del «mundo». Es de la Urbe de donde parten todos los modelos, y a ella a donde se acude en busca de referencias. La Urbe engendra el sueño. «Oh, Roma, que nada se te iguala y nada se te aproxima», canta Marcial, un poeta latino del siglo I (*Epigramas* XII, 8). ¿Acaso no experimenta el propio Pablo el deseo, perceptible en la carta a los Romanos, de proclamar la Buena Noticia en esta ciudad que asume a las demás?

III IMPORTANCIA DE JERUSALÉN PARA LOS JUDÍOS DEL MUNDO ENTERO

«Carta de Agripa I [rey de Judea] al emperador Cayo [Calígula] en el 40: Sobre la Ciudad Santa me incumbe decir lo que conviene. Esta ciudad, como ya he dicho, es mi patria, pero también la capital, no del único territorio de Judea, sino también de la mayor parte de los demás territorios, a causa de las colonias que ha enviado, según las épocas, a los países limítrofes: Egipto, Fenicia, Siria... y a otras regiones más lejanas: Panfilia, Cilicia, la mayor parte de Asia, hasta Bitinia y el fondo del Ponto; lo mismo en Europa, en Tesalia, Beocia, Macedonia... en Argos, en Corinto, en la mayor parte de las mejores regiones del Peloponeso. Y no son sólo los continentes los que están llenos de colonias judías, sino también las islas más famosas, la Eubea, Chipre...», Filón, *Legatio ad Caium* 281-282.

III ACTITUD DEL EMPERADOR CON RESPECTO A LOS JUDÍOS

«El emperador [Tiberio] ordenó que todos los judíos fueran expulsados de Roma. Entre ellos, los cónsules embarcaron a cuatro mil hombres, a los que enviaron a la isla de Cerdeña; pero la mayor parte fueron castigados, ya que rehusaban servir para observar las leyes de sus padres», Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* XVIII, 81-84.

Pablo, «hebreo, hijo de hebreos»

Textos de referencia: Hch 7,55-60; 8,1-3; 22,3-4; 26,5-9; Rom 11,1; 1 Cor 15,9; 2 Cor 11,22; Gál 1,13-14; Flp 3,4-6; 1 Tim 1,13

Según el libro de los Hechos de los Apóstoles, Pablo nació en Tarso, capital de la provincia romana de Cilicia (región de la actual Turquía) (Hch 9,11; 21,39; 22,3). Podemos situar su nacimiento verosímelmente en torno al año 10 de nuestra era, por deducción, ya que hacia el año 34, en el momento de la lapidación de Esteban, es «joven» (Hch 7,58), y hacia el 60, escribiendo a Filemón, Pablo se considera como un «viejo» (Flm 9). → **Cronología.** Su vida se desarrolla bajo el reinado de cinco emperadores romanos sucesivos: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Nacido en Tarso, en el Oriente, muere en Roma, en Occidente.

Sus orígenes

Aunque ignoramos la fecha exacta del nacimiento de Pablo, conocemos sin embargo sus orígenes familiares y sociales. La carta a los Filipenses es la que mejor nos informa de ello (Flp 3,4-14). → **1-2 Corintios.**

Orígenes familiares. Pablo se define menos por sus orígenes familiares que por su nacimiento en el judaísmo. «Circuncidado al octavo día», según la exigencia de la tradición, Pablo es «de la raza de Israel» (Flp 3,5). Pertenece al pueblo elegido. Es «de la tribu de Benjamín»: por tanto, su familia es originaria del norte de Galilea. Habiendo nacido en Tarso, pertenece al mundo de la diáspora*. Jamás reniega

de sus orígenes judíos. Dirá a propósito de sus detractores: «¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son de la posteridad de Abrahán? Yo también» (2 Cor 11,22). Y «¿acaso no soy yo israelita, de la raza de Abrahán, de la tribu de Benjamín?» (Rom 11,1). Ciertamente, Pablo no pertenece a una de las grandes familias de notables que se enorgullecen de su genealogía y pueden hacer referencia a tres generaciones de ascendientes¹. Jamás cita a su padre o a su abuelo. Por el contrario, insiste en el hecho de que no se ha mezclado, que es de la «semilla de Abrahán», de la «descendencia de Jacob». Esta forma de presentarse le distingue de los prosélitos. Al llamarse «hebreo, hijo de hebreos» (Flp 3,5), trata de recordar que es judío, tanto por línea paterna como materna. Si experimenta la necesidad de decirlo es porque los matrimonios mixtos eran frecuentes en la diáspora.

Saulo, Saulos, Pablo. Saulo, literalmente «el preguntado», es el nombre hebreo que se le dio durante la circuncisión. Este nombre fue llevado, en la historia de Israel, por un hombre, también de la tribu de Benjamín y fundador de la monarquía en el siglo IX a. C.² Llevar un nombre como ése en am-

¹ A diferencia de lo que dicen los evangelios de Jesús, no puede reconstruir su filiación hasta los patriarcas.

² En un discurso que el libro de los Hechos sitúa en Antioquía de Pisidia, Pablo menciona la figura del rey Saúl (Hch 13,21).

biente semítico es una invitación a convertirse en el sustituto de la persona cuyo nombre se lleva. Esta elección de un nombre regio es tanto más notable habida cuenta de que raramente se llevaba en la diáspora. Es verdad que la helenización de Saulo produce *Saulos*, que, para un griego, es sinónimo de indolencia, lo que apenas parece corresponder a la personalidad de Pablo. Si creemos lo que dicen los Hechos de los Apóstoles, Pablo añade al nombre semítico de Saulo la forma griega *Paulos* desde su encuentro con el procónsul de Chipre, que se llamaba Sergio Paulo (Hch 13,9). Pablo no cambió de nombre, sino que llevó un doble nombre. A partir de ese momento, con ese nombre griego firmará sus cartas o más bien las comenzará. La forma latinizada es *Paulus*, que significa «poco», «pequeño».

III LA DIÁSPORA

Este término (que significa «dispersión») designa al conjunto de judíos que viven fuera de Palestina. Desde la muerte de Alejandro en el 70 d. C. es una entidad representativa, numerosa y estructurada. Por extensión, se trata de los judíos establecidos entre las naciones, así como los lugares o territorios donde viven.

Las comunidades de la diáspora representan dos conjuntos geográficos y culturales: una diáspora mediterránea, muy densa en Egipto y en Asia Menor, y una diáspora oriental en Siria y Mesopotamia. La comunidad de Roma adquiere importancia en el siglo I a. C. y desarrolla contactos con la de Jerusalén. La diáspora oriental constituye un grupo aparte étnica y culturalmente. Sin embargo, por todas partes el griego se había convertido en la lengua usual de los judíos, incluidos los de Roma.

Ciudadano romano. Ser ciudadano romano significa beneficiarse de un estatuto que da derecho a participar en la vida pública en Roma, y sobre todo que concede garantías judiciales y fiscales y que obliga a las autoridades a respetar su dignidad. Este privilegio es mencionado por el libro de los

Hechos de los Apóstoles (Hch 22,25-29). En sus cartas, Pablo no hace alusión a ello. Sin embargo, los hechos vienen a confirmar este estatuto, que sin embargo algunos exegetas han discutido. Pablo está perfectamente integrado en el Imperio. Vuelto hacia Jerusalén, sin embargo no es atrapado en el conflicto político que agita a Judea en su relación con Roma. → **Dominación.** Por el contrario, está abierto a las dimensiones del mundo de su tiempo; así está preparado para su futura misión.

III ¿ERA PABLO REALMENTE CIUDADANO ROMANO?

La ciudadanía romana es un privilegio concedido a una élite. Algunos judíos pudieron beneficiarse de él, como el hermano de Filón de Alejandría*. En el caso de la familia de Pablo es verosímil que recibiera ese privilegio en el momento de la llegada al poder de Augusto.

Los exegetas se han preguntado por la ciudadanía real de Pablo. Bastantes indicios tratan de probar que posee su ciudadanía desde su nacimiento y por él. Es verdad que no conocemos de Pablo más que su sobrenombre latino, *Paulus* (en griego *Paulos*). También es el caso de Cicerón. Ahora bien, un ciudadano romano tenía tres nombres: el nombre, el sobrenombre y el gentilicio. El sobrenombre es en realidad el nombre de uso. Por otra parte, aunque el Apóstol padeció penas que no deberían ser aplicadas a un ciudadano romano, es frecuente en el caso de que no pudiera hacer que se reconociera su ciudadanía. Ésta jamás es puesta en duda en Jerusalén. Además, cuando se apela al César, se concede. Se le cortará la cabeza, muerte concedida al ciudadano romano. Su concepción de los viajes corresponde a una visión de ciudadano romano. Éstos se le facilitan debido a sus relaciones, ligadas a su ciudadanía. → **Itinerancia.**

Un hombre de relaciones por su familia. Ésta pertenece sin duda al mundo del comercio textil, que está en el origen de la prosperidad de Tarso. Los desplazamientos de Pablo son facilitados por los al-

bergues y las redes que le procura su familia³, extendida por las orillas del Mediterráneo: se encuentra con una mercader de púrpura en Filipos, con fabricantes de tiendas en Corinto, con tintoreros en Éfeso; trabajará incluso en el sector textil debido a la formación que ha recibido. La familia así dispersa pone en práctica la solidaridad. → *Itinerancia*.

Su formación

Pablo se beneficia de una formación intelectual larga y muy seria. Por eso no se dejará impresionar por el cristianismo naciente. Al contrario, está dotado de todas las armas intelectuales para luchar contra él.

Una educación bíblica. Desde los cinco años recibe una educación bíblica no sólo en el seno de su familia, sino también en la sinagoga⁴ y en la escuela, porque no hay ruptura entre sus diversas instancias. Las referencias que Pablo hace a la Escritura muestran que conocía pasajes de ella de memoria. Una formación como ésta es a la vez instrucción y educación. No solamente proporciona al niño un saber, sino que forja en él una clara conciencia de su identidad, de la de su pueblo y sus tradiciones.

Las lenguas. En ambiente griego –es el caso de Tarso–, la educación va acompañada del aprendizaje de lenguas. El hebreo es aprendido en familia. El griego de Pablo es el de las personas cultivadas y del mundo de los negocios. Así pues, Pablo posee las categorías mentales para hacerse comprender por ese mundo. «Si desconozco la clave de un idioma seré un extraño para el que me habla» (1 Cor 14,11). Siendo ciudadano romano debe poder expresarse en latín.

³ **Familia** entendida en sentido amplio, parentela.

⁴ **Sinagoga:** allí es donde los fariseos reciben la herencia de los escribas, allí es donde se lleva a cabo el aprendizaje de la lectura y de la escritura.

Este conocimiento de las lenguas también le proporciona una conciencia geográfica al estilo romano, que le inspirará sus desplazamientos por Asia Menor y Europa. → *Itinerancia*. La formación intelectual va acompañada siempre de una formación manual⁵.

Las referencias culturales. Pablo utiliza constantemente referencias culturales propias del helenismo. No hay que olvidar que Tarso está en el cruce de caminos que van de Éfeso a Antioquía o de Rodas a Alejandría. Ciudad de intercambios y encuentros, rivaliza con Atenas en el plano cultural. Pablo concede una importancia primordial a la palabra y sabe exponer su pensamiento conforme a las reglas de la retórica⁶. → *Escribir para testimoniar*. Las cartas están esmaltadas de referencias a la cultura de su tiempo: el atleta*, la carrera o la corona recibida en el combate (1 Cor 9,24-27; Flp 3,12-14; 2 Tim 2,5). No sólo eso, Pablo sabe leer y escribir, pero también nadar (2 Cor 11,25), lo cual es un signo de cultura. Según un adagio tomado de Platón, el ignorante es «el que no sabe ni leer ni nadar». Además, saber nadar es lo que distingue al griego del bárbaro.

ALGUNOS MIEMBROS DE LA RED FAMILIAR DE PABLO

- **Andrónico**, compañero de una de las cautividades de Pablo, quizá la de Éfeso, que parte hacia Roma, asociado a Junias (Rom 16,7).
- **Jasón y Sosipatro**, parientes de Pablo. Se encuentran en Corinto en el 54-55 (Rom 16,21). Jasón le brindó hospitalidad* a Pablo durante su viaje a Tesalónica (Hch 17,5-9).
- **Herodión**, pariente de Pablo que vive en Roma (Rom 16,11).
- **Rufo** vive en Roma con su madre, «que es también la mía» (Rom 16,13).
- El **hijo de la hermana** de Pablo (Hch 23,16).

⁵ Según las prescripciones de la Ley, Pablo aprendió un oficio manual, sin duda en el campo textil.

⁶ **Retórica:** arte del discurso.

Pablo se declara «fariseo en cuanto a la Ley» (Flp 3,5; Hch 23,6; 26,5). En el sistema educativo de la Antigüedad, ya fuera judío o griego, parece conveniente en un determinado momento salir de la propia ciudad para perfeccionar la formación. A los 14 años, el judío era considerado como mayor de edad y podía iniciarse en la exégesis; después, hacia los 19, la élite intelectual escogía una corriente y un maestro (del mismo modo que los griegos escogían una escuela). ¿A qué edad Pablo abandonó Tarso? ¿A los 14 años, edad de la mayoría de edad judía, o a los 20, edad de la mayoría entre los griegos? Es imposible decirlo. Sea como fuere, es en Jerusalén, junto a Gamaliel, donde recibe una formación propia de los fariseos (Hch 22,3). La casa de Gamaliel es un pequeño círculo que se reunía en el domicilio del maestro e incluso al aire libre, según el testimonio de una de las tres cartas de Gamaliel que se nos han conservado. Pablo profundizó allí su conocimiento de las Escrituras y aprendió las técnicas de interpretación que usará después. Igual que Filón de Alejandría⁷, que había traducido la fe judía a categorías griegas, lo mismo que Flavio Josefo⁸, que como historiador narra a los romanos la historia de Israel, Pablo es hombre de dos culturas, la judía y la romana. Lo cual hace de él un «sabio» según los criterios de Flavio Josefo y le prepara también para su futura misión. → *Obra epistolar.*

⁷ **Filón de Alejandría** (13 a. C.-45 d. C.): filósofo judío de lengua griega, originario de Alejandría. Integrado en el mundo grecorromano, trató de integrar en él la cultura bíblica. Participó en una embajada ante el emperador Calígula. → *Dominación.* La mayor parte de su obra conservada es un comentario al Pentateuco.

⁸ **Flavio Josefo** (37-100): historiador judío de lengua griega, amigo de los romanos. Perteneció a la casta sacerdotal de Jerusalén. Asume un cargo militar al comienzo de la guerra de los judíos contra Roma en el 66. Es el autor de una historia del pueblo judío, en griego: la *Guerra de los judíos* y las *Antigüedades de los judíos*. → *Dominación.*

LOS FARISEOS, UNA CORRIENTE DE FIDELIDAD A LA LEY

Los fariseos constituyen, junto con los saduceos, los esenios* y los zelotas, una de las cuatro corrientes (en griego, una «secta», en el sentido de elección, de opción) de la sociedad judía, tal como nos la describe Flavio Josefo. Esenios y zelotas son marginales; estos últimos se enredarán en la lucha política contra Roma. En cuanto a los esenios, preocupados por la pureza y partidarios de una interpretación rigurosa de la Ley, se retiraron al desierto; curtidors en las prácticas ascéticas, aguardan al Mesías. Las dos primeras corrientes representan el judaísmo oficial. Los saduceos proporcionan los sumos sacerdotes de Jerusalén. Los fariseos, en hebreo *perusim*, que significa «los separados», se constituyeron verosímelmente en el momento de la insurrección macabea. Se trata de un grupo pequeño (unas 600 personas), pero cuya influencia no dejará de crecer. Tras el 70 son ellos los que determinarán la vida religiosa de Israel. Es a ellos a los que el judaísmo debe su supervivencia.

A menudo se considera que los evangelios, escritos después del 70, en el momento de conflictos entre Iglesia y Sinagoga, caricaturizaban a los fariseos, describiéndolos como formalistas, casuistas e hipócritas (Mt 23), mientras que en los textos de Qumrán aparecen como buscadores de ligerezas. En tiempos de Pablo son letrados, escribas y especialistas en exégesis. Se reclutan entre las categorías urbanas medias, artesanos y comerciantes. Se reúnen bajo la dirección de un maestro. Estos maestros se alinean en el bando de Hillel, un rabí de corte liberal, o de Sammai, representante de una tendencia más rigorista. Algunos pasajes de las cartas paulinas esbozan la semblanza del fariseo: Rom 2,17-24; 11,1; 2 Cor 11,21-22; Gál 1,13-14. Su estilo de vida es diferente del de los notables y los sacerdotes de la corte de los Herodes, que están muy helenizados. Son justos y sabios. Practican una piedad ejemplar, centrada en la Ley, que meditan incansable y asiduamente. Tienen un agudo sentido del Dios vivo. Consideran el Templo de Jerusalén como el lugar de la presencia de Yahvé (Hch 21,26). Son influyentes en la vida pública. En cuanto a la sinagoga, tiene una importancia capital para la interpretación de la Ley y asegurará la continuidad del judaísmo.

GAMALIEL

Nos resulta conocido por las fuentes rabínicas y por el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 5,34-41; 22,3). Sin duda es el más helenizado de los maestros de su tiempo. Prosigue con la tradición inaugurada por su abuelo, el rabí Hillel el Viejo, que fundó una academia farisea bajo el reinado de Herodes, academia afamada por su espíritu conciliador.

Gamaliel era respetuoso con la Ley, lo cual no le impedía tener una mente amplia y estar abierto a ideas nuevas que circulaban por Jerusalén. Las decisiones que se le atribuyen en materia matrimonial, de divorcio y de testimonio son prueba de ello. Gamaliel asume la defensa de Pedro y de los apóstoles arrastrados ante el Sanedrín, del que fue presidente (Hch 5,34). No es hombre que aliente a Pablo a un extremismo anticristiano.

Pablo, el fariseo «irreprochable»

Pablo se declara «un hombre irreprochable, en cuanto a la justicia que puede dar la Ley» (Flp 3,6; Hch 22,3; 26,5-8). Para Pablo, esto significa «marchar por los caminos de Yahvé, guardar sus leyes, sus mandamientos y sus costumbres» (Dt 25,17). No espera recompensa inmediata, aunque posee el sentido de la retribución: Dios da a cada cual según su mérito. Para él, el camino de la Ley* no es nunca una impresión del espíritu. Es un camino concreto de experiencia y de existencia que representa el compromiso de toda su vida. Este ideal de santidad no se limita únicamente al decálogo. Tiene en cuenta todos los mandamientos, reconocidos como 613 por los fariseos. Estos mandamientos constituían una verdadera línea de defensa en torno a la Torá, y tenían como finalidad poner a los fariseos al abrigo de cualquier sincretismo. También sujetaban al ser humano como un auténtica argolla. → *Salvación*.

Las esperanzas de los fariseos y de Pablo. Los fariseos esperaban la resurrección general de los muertos, pensando que estaba reservada al final de

los tiempos. Diferían de los saduceos, que no creían en ella (Mt 22,23). Sobre este asunto, Pablo sabrá maniobrar para enfrentar a las dos tendencias del sanedrín, según Hechos (Hch 23,6-10). Los fariseos, como todos los judíos, salvo quizá los saduceos, esperaban con una confianza total y unánime el retorno de los dispersados a la Tierra Santa, el hundimiento del dominio extranjero, el exterminio de los impíos, así como el advenimiento del reino del Mesías. Contrariamente a los saduceos, no colaboraban con el ocupante romano. No obstante, no constituyen un grupo político. A diferencia de los zelotas*, no buscan acelerar la venida del Mesías participando en la agitación política, que espera expulsar al ocupante romano fuera de la tierra. Está divididos entre los que desean liberarse de cualquier forma de opresión que impida a Israel llevar a cabo su misión, y los que aceptan el poder opresor como un castigo que Dios envía debido a los pecados del pueblo. La pertenencia farisea de Pablo no hace de él un nacionalista. Su compromiso es el de quien, amando la Ley, quiere ser justo ante Dios y ante los hombres.



Retrato del fariseo

Rom 2,17-20

«¹⁷ ¿Y qué decir de ti? Presumes de judío, te apoyas en la Ley y te glorías en Dios. ¹⁸ Te precias de conocer su voluntad e, instruido por la Ley, sabes discernir lo que es bueno. ¹⁹ Te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que están en tinieblas, ²⁰ educador de ignorantes, maestro de analfabetos, y crees poseer en la Ley la clave del conocimiento y de la verdad...»

Es la imagen del yo que Pablo ha sacrificado.

El «perseguidor» de los cristianos

Pablo vivió a fondo su pertenencia a la corriente farisea, hasta el punto de no tolerar nada que atentara contra ese ideal.

El «perseguidor». En varias de sus cartas, Pablo, recordando su pasado, concede un lugar central al hecho de que persiguió a los cristianos. Escribe a los gálatas: «Ciertamente habéis oído hablar de mi antigua conducta en el judaísmo⁹; con qué furia perseguía yo a la Iglesia de Dios intentando destruirla. Incluso aventajaba dentro del judaísmo a muchos compatriotas de mi edad como fanático partidario de las tradiciones de mis padres» (Gál 1,13-14). Confiesa a los filipenses que, antes de su encuentro con Cristo, era un «fanático perseguidor de la Iglesia» (Flp 3,6). Dirigiéndose a los corintios reivindica el último lugar entre los apóstoles: «Soy el menor de los apóstoles, no merezco ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios» (1 Cor 15,9). Por último, en 1 Tim 1,13 aún habla de aquel que fue «no hace mucho un blasfemo, un perseguido, un insultador...». Pablo no duda en hablar de ese pasado no por complacencia, sino para hacer entender a sus oyentes el cambio que provoca Cristo al ir a su encuentro. Los Hechos (Hch 22,4; 26,9-11) se hacen eco de las palabras de Pablo al mostrar cómo la persecución es la consecuencia de su actitud intransigente con respecto a la Ley. ¿De qué se trata verdaderamente?

Los hechos. Según Hch 6-7, todo empieza con Esteban. Éste es considerado por los judíos de la diáspora helenizada como un apóstata¹⁰, que debe ser lapidado hasta la muerte. Pablo asiste a la lapidación de Esteban sin tomar parte en ella, porque, como subraya Hechos, aún es «joven» (Hch 7,58). Sin embargo aprueba este asesinato (Hch 8,1).

Algún tiempo después, Saulo se convierte, a su vez, en el denunciante de los cristianos en nombre

⁹ El **judaísmo** no designa la religión judía. El término define de forma polémica una manera de vivir vinculada a las tradiciones por oposición al helenismo, más influido por la cultura griega (1 Mac 2,21; 8,1; etc.).

¹⁰ Entre los judíos de lengua griega, «**apóstata**» designa a aquel que rechaza la Ley.

de lo que llama su «celo»¹¹ (Flp 3,6; Gál 1,14). Este celo no le lleva a entrar en una lucha armada, como los zelotas* o los sicarios, los cuales, en Jerusalén, se enfrentarán con los romanos. → **Dominación.** Su celo no le lleva tampoco a huir lejos de Jerusalén a la búsqueda de una pureza preconizada por el movimiento esenio*. Para Pablo, el conflicto con los cristianos no es político, sino religioso. Los judíos habían situado a Jesús en el terreno político para obtener de la autoridad romana su condena: torciendo las palabras de Jesús, lo habían presentado ante Pilato como el «rey de los judíos», susceptible de amenazar la política romana en Judea (Jn 19,1-15). Por el contrario, Pablo entiende perfectamente las palabras de Jesús en un sentido de interioridad, lo que le lleva a poner a Jesús en el centro de la esfera religiosa, de donde los judíos habían querido retirarlo. Al hacer esto, espera eliminarlo definitivamente...

En las sinagogas, sin duda Pablo no deja pasar la ocasión para denunciar a aquellos que apelan a Cristo. Usa de su fuerza de convicción para llevar a éstos a una justa visión de las cosas, la de la Ley. No duda en hacer que los excluyan de las sinagogas. Se opone a ellos ingeniándose las para que se les impida difundir su mensaje. Su acción es temible si creemos en las fuertes expresiones, ciertamente metafóricas, de Hch 8,1-3; 9,1-2; 22,4 y 26,10. No se entrega a simples operaciones policiales, sino que, por el contrario, puede hacer que apresen a los cristianos mediante el procedimiento de la delación, que introduce una acción judicial. Pablo busca verdaderamente «destruir» (Gál 1,13), es decir, extirpar del judaísmo esta nueva corriente. Así es

¹¹ El **celo** que reivindica Pablo encuentra su inspiración en el celo del que Dios mismo da muestras con respecto a su pueblo al velar celosamente para que no se extravíe en la idolatría (Ex 20,5; 34,14; Dt 4,24; 5,9; 6,15). En la historia de Israel, Pinjás (Nm 25,6-13), o Elías (1 Re 18), o incluso los Macabeos (1 Mac 2,23-28) son ejemplos de este celo. Hay que observar que, en Gál 1,14, «celo» corresponde a la traducción «fanático partidario».

como se dirige a la sinagoga de Damasco. → ***Cristo al encuentro de Pablo.***

Una oposición al servicio de la gloria de Dios. La persecución que pone en práctica entonces contra los discípulos de Cristo es consecuencia del ideal fariseo en el que ha sido educado y al que se adhiere con todo su corazón y toda su inteligencia. Es la expresión de una actitud de intransigencia que le dicta la Ley. En efecto, para él, oponerse a los cristianos significa salvar la gloria de Dios*, es decir, la trascendencia del Dios de Israel, que no puede confundirse ni con las divinidades de alrededor ni con una figura humana, sea cual sea, por supuesto no con Jesús de Nazaret. Por eso podemos calificar la persecución de «teologal». Pablo no puede aceptar que algunos hombres de su raza puedan tener una relación con Dios que pase por un camino distinto del que conoce, el de la Ley. Para él, los cristianos se burlan del ideal de la Ley, pretendiendo liberarse de ella. Cristo es, en su opinión, el rival por excelencia al que hay que eliminar a cualquier precio para poder salvaguardar la gloria de Dios. El origen de este conflicto abierto con Cristo no es político, sino religioso. Al perseguir a los que apelan a Cristo, se compromete y combate al que pretende ser Hijo de Dios. En efecto, para un fariseo, Jesús es un ser paradójico que pretende ser Dios. Ahora bien, es imposible, en el propio nombre de la trascendencia de Dios, que Dios se haya hecho carne en nuestra humanidad y en nuestra historia. «Conocemos a su

padre y a su madre», dicen estos mismos fariseos, cuyas palabras son referidas por el evangelio de Juan (6,42). Pablo comparte plenamente este punto de vista: es imposible que un hombre de nuestra humanidad pueda hablar y actuar en nombre de este Dios, al que además se atreve a llamar su Padre. Una pretensión como ésta prueba su blasfemia. → ***La herencia farisea trastocada.***

Conclusión

Pablo se compromete a fondo en la obediencia a la Ley*, no por legalismo, sino porque es la condición de la relación con Dios. Paradójicamente, la profundidad de la persecución que lleva a cabo prepara el terreno para el encuentro con Cristo. El acontecimiento de Damasco le golpea en su compromiso de fariseo vivido en una fidelidad a la que sólo iguala la exigencia de santidad.

Pistas de trabajo

- *Escójase una carta de Pablo (por ejemplo Gál, Rom, Flp o 1 Cor) y obsérvense las menciones autobiográficas.*
- *Compárese Flp 3,4-6 y Hch 22,3-4; 26,5-9.*
- *Compárese la idea que nos hacemos de Pablo perseguidor y lo que representa esta persecución en los textos.*

Cristo al encuentro de Pablo

Textos de referencia: Hch 9,1-22; 22,3-21; 26,12-18; Rom 6,3-4; 1 Cor 1,17-19; 9,1; 10,16-17; 11,23-26; 15,1-11; 2 Cor 11,32-33; 12,1-10; Gál 1,11-24; Ef 3,3; Flp 3,4-14; 1 Tim 1,12-14

Cuando Pablo está completamente implicado en la lucha que ha entablado contra los cristianos, Cristo irrumpe en su camino y cambia el curso no sólo de su vida, sino de la historia de toda la humanidad. En efecto, gracias a este acontecimiento, extraño para nuestros ojos, entendido frecuentemente como maravilloso a causa de las representaciones artísticas que los tres relatos de los Hechos han inspirado, la difusión del Evangelio cambia de rumbo. El encuentro de Damasco, al que Pablo siempre hace referencia, pero que no describe, no es ni un mito ni una leyenda. Es una experiencia única en la historia, aunque está en el origen de la expresión «tener su camino de Damasco», empleada después para designar cualquier conversión fulminante. Este encuentro tiene lugar en los alrededores de Damasco, en los años 34 o 37.

Un viaje a una zona de riesgo

Pablo, defensor de la gloria de Dios*, se dirige a Damasco para combatir allí directamente a la comunidad cristiana, sin duda compuesta por esos helenistas* a los que Pablo detesta. El autor de los Hechos dice que el sumo sacerdote¹ entregó a Pa-

blo cartas para la sinagoga a fin de poder arrestar a los cristianos (Hch 9,2; 22,4). Pablo habría recibido «plenos poderes y misión de los sumos sacerdotes» para dirigirse a Damasco (Hch 26,12). Esto no es muy verosímil en esta época. En efecto, parece difícil que la jurisdicción del sumo sacerdote se extendiera hasta Damasco. En esta zona, únicamente la autoridad romana estaba habilitada para proporcionar poderes coercitivos. ¿Quizá fue alentado por los sumos sacerdotes para luchar contra los cristianos? No es imposible. Sea como fuere, Pablo considera que la cohesión de la comunidad judía de Damasco está amenazada por los discípulos de Cristo, habida cuenta de la fragilidad causada por la situación política. Esto basta sin duda para explicar su partida hacia Damasco. Dirigirse a Damasco en este período es un viaje peligroso. En efecto, situada en el camino de la diáspora oriental, en una zona comercial, la ciudad de Damasco está en el centro de todos los conflictos entre los herodianos y los nabateos. La región de Damasco está en guerra desde los años 30. En el 33-34, los nabateos, pueblos árabes con capital en Petra, tratan de controlar del tráfico entre Arabia y la costa siria. Consiguen establecerse

¹ **Sumo sacerdote:** personaje clave de la vida de Israel, es el representante de la fidelidad a la Alianza y el único que penetra en el Santo de los Santos (la parte más sagrada del Templo de Jerusalén).

Elegido en esta época por los romanos entre los saduceos, se convierte en un instrumento de su política, encargado de vigilar para que los judíos no causen ningún disturbio. → *Dominación.*

en Damasco². A partir de entonces la ciudad está dirigida por un jefe que Pablo designa con el título de «etnarca» (2 Cor 11,32)³.

En este contexto de escaramuzas permanentes, dirigirse a Damasco denota una aguda voluntad de perseguir hasta el final a los cristianos. Mientras Pablo parte para Damasco, los romanos preparan una expedición de gran envergadura con vistas a tomar Petra. Vitelio, el legado de Siria, está a punto de ponerse en camino, a la cabeza de una legión, es decir, de unos 5.000 hombres, sin contar las tropas auxiliares. Para protegerse, la ciudad cierra sus puertas (2 Cor 11,33; Hch 9,25). Ya fuera Pablo a Damasco en el 33-34 o en el 37, la región no es segura y el camino es peligroso para el que se aventura en él. Sin embargo, en marzo del 37, el anuncio de la muerte del emperador Tiberio interrumpe la expedición. En cuanto a Pablo, su camino también es interrumpido, pero de una forma absolutamente inesperada y sin relación con la muerte de Tiberio. El acontecimiento tiene lugar, según la tradición, en las inmediaciones de Damasco.

III ¿PERMITE DATAR EL SITIO DE DAMASCO EL ENCUENTRO CON CRISTO?

Si, según 2 Cor 11,33, se vieron obligados a evacuar a Pablo en una espuerta muro abajo de la ciudad, es que ésta estaba cerrada. Este cierre sólo puede deberse al contexto de guerra que experimentaba Damasco. Toda la cuestión estriba en saber si Pablo abandonó la ciudad en estado de sitio durante su primer paso por Damasco, por tanto en el momento de su conversión, o cuando volvió a ella por segunda vez, es decir, tres o cuatro años más tarde (Gál 1,17). En el primer caso, el encuentro con Cristo en Damasco tuvo lugar en el 37; en el segundo, tres años antes, en el 34. Es esta segunda fecha la que hoy se prefiere por razones lógicas. Si Pablo huyó por una ventana es que estaba siendo perseguido. Por tanto no puede serlo más que la segunda vez, cuando su conversión es conocida por todos. Hch 9,8-25 haría una presentación sintética de la doble estancia de Pablo en Damasco.

Lo inesperado de Cristo

La sorpresa no viene ni de una emboscada, ni de un acto malintencionado, ni de un acto de guerra, ni siquiera de una inclemencia más violenta que de ordinario. Sin embargo, procede del cielo: «Vi [...] una luz venida del cielo más brillante que la del sol, que me envolvió a mí y a los que iban conmigo» (Hch 26,13). Esta gran luz venida del cielo, y que lo envuelve con su brillo (Hch 22,6), derriba a Pablo y lo detiene en su impulso hasta clavarlo al suelo: «Caí al suelo» (Hch 9,4; 22,7). Ahora bien, esta luz, tan hermosa y tan potente como fuera, no es una abstracción ni un fantasma. Va acompañada de una voz que la identifica. «Escuché una voz que me decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”» (Hch 22,7). «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9,5; 26,15), «Jesús el Nazoreo» (Hch 22,8). Pablo se encuentra ante alguien al que sus ojos hasta ahora no podían reconocer. No hay duda posible: el que aparece deslumbrante de luz es el mismo al que Pablo se las ingenia para eliminar de la comunidad cristiana, atreviéndose a declararlo «maldito de Dios». Aquel al que Pablo ha tratado con tanto desprecio se le revela, apenas un año, tres como mucho, después de los acontecimientos del Gólgota. Al aparecersele, le revela su identidad: «Yo soy al que tú persigues». Pablo está puesto ante la evidencia de que no persigue más que a un grupo de personas, los cristianos, pero a través de ellos es Jesús mismo el que es afectado. Ciertamente es Jesús el Nazoreo, el Crucificado, al que él prohibía que lo llamaran Hijo de Dios, el

² El conflicto fue desencadenado por Herodes Antipas cuando repudió a su esposa nabatea (en el 27), hija del rey Aretas IV, para casarse con Herodías, la que pidió la cabeza de Juan Bautista (Mt 14,3-12; Mc 6,17-29; Lc 3,19-20).

³ «Estando yo en Damasco, el etnarca del rey Aretas puso guardias en la ciudad de los damascenos con orden de prenderme, y por una ventana me descolgaron muro abajo en una espuerta, escapando así de sus manos» (2 Cor 11,32-33).

que está ante él. Pablo, derribado por este descubrimiento, pierde la vista, y esto revela su ceguera espiritual. Así queda desposeído de su suficiencia. El acontecimiento es extraordinario. Por eso Pablo puede decir: «He visto a Jesús, nuestro Señor» (1 Cor 9,1), Cristo «se me apareció como a un aborto» (1 Cor 15,8). Se trata de una experiencia sin ningún parecido con cualquier otra: Pablo ha visto al Señor Jesús, el que era motivo de su lucha fratricida contra los cristianos, aquel a cuyos discípulos perseguía. Verlo y escucharlo significa ser puesto ante la evidencia de que el Nazareno al que combate verdaderamente ha resucitado, como lo proclaman los discípulos.

Ciertamente, Pablo no cuenta cómo Cristo se le manifestó en el camino de Damasco. No habla de este acontecimiento más que en función de la irrupción que Cristo representa en su vida: «Cuando Aquel que desde el seno materno me apartó y me llamó por su gracia se dignó revelar⁴ en mí a su Hijo para que lo anunciara entre las naciones...» (Gál 1,15-16). Se trata de una revelación porque no está al alcance del hombre poder acceder al Señor. El contenido de esta revelación que ilumina a Pablo en el centro de su conciencia representa para él una noticia naciente.

Cristo le da la vuelta por completo: Pablo «cae al suelo» (Hch 22,7). Su visión del mundo, de Dios y

⁴ «Revelar» en griego es dar una información absoluta a propósito de lo que no es conocido. «El Evangelio anunciado por mí no es una invención de hombres, pues no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno: Jesucristo es quien me lo ha revelado» (Gál 1,11-12; cf. también Ef 3,3). Los términos «revelar» o «revelación» no conciernen a los acontecimientos terroríficos de la historia que alimentan nuestros temores. Porque se trata de una revelación, estos relatos se cuentan en términos de visión y de audición. Los verbos «ver» o «aparecer» se utilizan además en los relatos de apariciones del Resucitado y se recogen en los Hechos para evocar el acontecimiento de Damasco. El término «revelar» nos proporciona la clave de comprensión del acontecimiento y disipa la posible ambigüedad del término «ver».

del hombre también queda trastocada. Es toda su fe de fariseo la que es alcanzada de frente por el descubrimiento del Cristo perseguido. → *Hebreo, hijo de hebreos*. Es la revelación del Hijo de Dios. Sólo Dios presente en Cristo puede llevar a cabo un cambio como ése. Damasco es el acto por excelencia de Cristo con respecto a Pablo: «Yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús» (Flp 3,12). Por eso el Resucitado merece toda adoración, hasta el punto de que, ante él, no sólo Pablo cae a tierra, sino que «toda rodilla se dobla» (Flp 2,10).

Este acontecimiento tiene algo de irrepresentable, de ahí el recurso al género de la teofanía y a los relatos de vocación profética para dar testimonio de su realidad y de su significado. Cristo llama a Pablo a seguirle, deteniendo su mano de perseguidor. Lo arranca de su mundo para introducirlo en la nueva misión que le tiene reservada. No sólo al aparecérsese Jesús así pone un término a la persecución en la que Pablo se había comprometido en cuerpo y alma, sino que lo «aparta» para confiarle el anuncio de la Buena Nueva a toda la humanidad y no solamente a los de su raza. En efecto, aquel al que Pablo descubre en el camino de Damasco como la «luz del mundo» no debe quedar debajo del celemín. Pablo comprende que le incumbe anunciarlo, no sólo a sus hermanos judíos, sino a todas las naciones. Es desposeído de sus certezas: «Pero lo que entonces consideraba una ganancia, ahora lo considero pérdida por amor a Cristo» (Flp 3,7). Por tanto, el encuentro de Damasco representa una innovación absoluta. Es una ruptura en la vida de Pablo. No puede entenderse más que a partir de la oposición a Cristo sobre la que Pablo había construido su vida. No solamente le abre a un conocimiento sobre el significado de Dios, al que creía servir con celo persiguiendo a los cristianos, sino que le hace entrar en una existencia nueva. Por esa razón determina una nueva relación con el mundo y lo introduce en una visión nueva del hombre y de la santidad. Le conduce a renovar su lectura de las Escrituras.

III EL ENCUENTRO DE DAMASCO: TRES PUNTOS DE VISTA EN LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Los Hechos de los Apóstoles nos ofrecen al menos tres relatos para narrar el encuentro de Damasco (Hch 9,1-18; 22,4-16 y 26,9-18). Esto nos habla de su decisiva importancia para el anuncio del Evangelio. Al contrario que Pablo, que describe una inversión interior, el autor de los Hechos presenta la vocación de Pablo a la manera de los historiadores de la Antigüedad. Sin embargo, las dos aproximaciones no tienen más que una sola intención: hablar del trato singular que Cristo reserva a Pablo.

El contexto

Hch 9: Después de la expansión de las primeras comunidades cristianas a partir de Jerusalén, Samaría, Gaza y Cesarea, el libro de los Hechos nos presenta a Pablo en el momento en que emprende la persecución de los cristianos.

Hch 22: El relato de la vocación de Pablo está puesto en labios del propio Apóstol. Pablo acaba de ser arrestado en Jerusalén. Tras su arresto, se dirige a los judíos.

Hch 26: Pablo habla delante del rey Agripa II, hermano de Berenice, que se dirige a Cesarea, a donde el procurador romano Festo, para mostrarle fidelidad. Pablo está retenido como prisionero. Quiere abogar por su causa ante el rey.

Los tres relatos son sustancialmente idénticos: todos relatan el encuentro de Pablo con el Resucitado, y dos relatos añaden el encuentro con Ananías (Hch 9 y 22). Cuando Pablo camina hacia Damasco, una luz procedente del cielo lo envuelve. Los relatos insisten en el carácter repentino (Hch 9,3; 22,6; 26,13). Pablo cae a tierra (Hch 9,4; 22,7) con sus compañeros (Hch 26,14). Los compañeros ven la luz (Hch 22,9), pero no ven a nadie (Hch 9,7). Escuchan la voz (Hch 9,7) o, por el contrario, no la escuchan (Hch 22,9). Pablo escucha una voz que le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Él pregunta: «¿Quién eres?» Las respuestas son sensiblemente las mismas: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9,5; 22,8; 26,14-15). Pablo pregunta entonces qué debe hacer (Hch 22,10). Va a Damasco (Hch 9,8-9; 22,11) y permanece junto a la comunidad cristiana (Hch 9,17-25).

Por su expresión literaria, estos textos cuentan cómo Pablo sale irreconocible de una experiencia como ésta, mientras que las cartas, sin describir el acontecimiento, atestiguan el cambio sobrevenido al Apóstol.

III LO QUE NO ES EL ACONTECIMIENTO DE DAMASCO

Damasco no es una alucinación ni un mito. El encuentro con Cristo trastoca a Pablo de tal manera que de perseguidor de los cristianos se convierte en testigo del Resucitado. Este trastorno está atestiguado por sus cartas, pero también por los cristianos, que a partir de esos momentos ya no lo temen (Gál 1,21-24; Hch 9,19-25; etc.).

No hay que interpretar Damasco en un sentido psicológico o parapsicológico. Pablo no invierte su escala de valores según el esquema de los psicólogos, que explican cómo el estrés del perseguidor hace que el verdugo adopte el punto de vista de la víctima.

Damasco no es una conversión. Pablo no se convierte, en el sentido de que la conversión implica la renuncia a una vida disoluta. La imagen de Pablo que se convierte es heredada de Agustín y Lutero, que, al proyectar su propia experiencia, presentan a Pablo como un hombre torturado por sus pecados. Antes de Damasco, Pablo es un hombre prendado de la santidad, apasionado por la gloria de Dios, brillante fariseo, «un hombre irreprochable». La ruptura que se establece en la vida de Pablo se sitúa en el nivel de la fe en Cristo y afecta a las profundidades más determinantes de su conciencia y de su ser.

III ¿SE CAYÓ PABLO DEL CABALLO?

En el «imaginario» cristiano, Pablo simboliza el tipo de conversión total, radical, fulgurante. La conciencia cristiana está marcada hasta tal punto, que las imágenes empleadas para representarse este acontecimiento son significativas de las representaciones que nos hacemos de Pablo veinte siglos después. En nuestro «imaginario», Pablo, en el camino de Damasco, cae de su caballo. Ahora bien, jamás se habla del caballo en el NT. El caballo representa un tema iconográfico que apareció en el siglo XII y que representa a Pablo con los rasgos de un caballero. Puesto que el caballero es el personaje clave de la Edad Media, su imagen es transferible a Pablo. Aunque esta imagen tiene la ventaja de subrayar el carácter noble del compromiso al servicio de la gloria de Dios, resulta insuficiente para expresar la profundidad del rechazo que Pablo opone a Cristo y la inversión que representa Damasco.

El tiempo de la maduración

La inmersión de Pablo en la comunidad cristiana de Damasco

Tras el acontecimiento de Damasco, Pablo no va a Jerusalén a encontrarse con los apóstoles para recibir de ellos el conocimiento del Evangelio. Esto es lo que escribe en Gál 1,16-17: «Inmediatamente [...] sin subir a Jerusalén para encontrarme con los que eran apóstoles antes que yo...» Es también lo que sugiere el relato de los Hechos. Significa que está en la certeza de que el Cristo que ha acudido a su encuentro es el mismo que predicán los apóstoles. El acontecimiento de Damasco lo pone en el nivel de los apóstoles. No puede dudar de ello.

Pablo va a Damasco con los ojos cerrados para recibir a Cristo. Ya no va allí para aniquilar a la comunidad cristiana⁵, sino para dejarse iniciar por ella en el conocimiento de Cristo, según lo que le ha dicho el Resucitado: «Levántate, entra en la ciudad y te dirán lo que debes hacer» (Hch 9,6), o incluso: «Levántate, ve a Damasco. Allí te dirán todo lo que se ha predicho que hagas» (Hch 22,10). La entrada de Pablo en la ciudad es una entrada en la comunidad: esta comunidad, a la que Pablo perseguía hacía poco tiempo, lo introduce en el conocimiento de Cristo.

La función de la comunidad es tan importante que uno de sus miembros, Ananías, recibe de Cristo la misión particular de integrar a Pablo en la comunidad (Hch 9,10-19; 22,12-16). Confiando él también en la palabra del Señor, Ananías acepta bautizar a Pablo (Hch 9,18). En efecto, Pablo, que ha sido sumergido en la gloria de Cristo en el camino de Damasco, ahora debe ser sumergido en el misterio de su vida y su muerte. El camino que Cristo le ha hecho hacer no le dispensa del camino

⁵ Algunas comunidades cristianas existen antes de Pablo. Él no es su fundador.

que la Iglesia manda hacer⁶. Pablo queda igualmente asociado a la comida pascual, cuyo relato será el primero en ofrecer⁷. → *1 Corintios*. Ananías y la comunidad le hacen descubrir el núcleo de la confesión de fe cristiana, a saber, Cristo muerto y resucitado. Es lo que la propia comunidad ha recibido y que a su vez transmite fielmente. A partir de este encuentro con Cristo es como Pablo va a reconstruirse. → *La herencia farisea trastocada*.

Un acontecimiento como éste es una innovación absoluta cuyas consecuencias constituyen en la vida de Pablo un punto de partida también absoluto. Pablo encuentra en la fe de la comunidad la confirmación de su experiencia fuera de lo común. Es entonces cuando recupera la vista y descubre que tiene en la Iglesia un lugar del que siempre se considerará indigno. Igual que Cefas y los Doce, que vieron al Resucitado y que dan testimonio, Pablo testimoniará a su vez la tradición recibida (1 Cor 11,23; 15,3), común a todos los apóstoles.



La tradición que Pablo ha recibido 1 Cor 15,3-11

«³ Porque yo os **transmití**, en primer lugar, lo que a mi vez **recibí**: que Cristo **murió** por nuestros pecados según las Escrituras; ⁴ que fue **sepultado** y RESUCITÓ al tercer día según las Escrituras; ⁵ que se APARECIÓ a CEFAS y luego a los DOCE. ⁶ Después se APARECIÓ a más de QUINIENTOS HERMANOS a la vez, de los que la mayor parte viven todavía,

⁶ En sus cartas, Pablo tendrá la ocasión de situar el **bautismo** en la fe. En el momento de la crisis de Corinto (1 Cor 1,10-17; 10,1-2) explicará que lo primero es la acogida del Evangelio, no siendo el bautismo más que una consecuencia. Más tarde, en el momento del debate sobre la circuncisión, recordará el sentido del bautismo (Rom 6,1-14; Gál 3,27; Col 2,11-12). → *Filiación*.

⁷ Ofrecerá de **la Cena** (1 Cor 10,16-17; 11,23-26) un **relato** cercano a los evangelios. Cuando Pablo escribe aún no hay evangelio en el sentido de un relato continuo que va desde el nacimiento de Jesús a su muerte-resurrección. Por tanto, el texto de Pablo es un primer testimonio sobre la institución de la eucaristía.

si bien algunos han muerto. ⁷ Luego se APARECIÓ a SANTIAIGO y más tarde a TODOS LOS APÓSTOLES. ⁸ Y después de todos se me APARECIÓ a MÍ, como si de un aborto se tratara. ⁹ Yo, que soy el menor de los apóstoles, indigno de llamarme apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios. ¹⁰ Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Al contrario, he trabajado más que todos los demás; bueno, no yo, sino la gracia de Dios conmigo. ¹¹ En cualquier caso, tanto ellos como yo, esto es lo que **anunciamos** y esto es lo que **habéis creído**».

vv. 3-5: contenido de la confesión de fe, llamada también «kerigma», del griego *kerygma*, que significa el anuncio (aquí, el verbo «anunciar», v. 11). Hay que fijarse en la construcción simétrica del objeto de fe (muerto/sepultado; resucitado/aparecido). Obsérvese la importancia de las apariciones, que instituyen a los apóstoles como testigos.

vv. 5-8: cf. el lugar de Pablo en la lista de apóstoles.

Obsérvese cómo esta confesión de fe debe ser recibida y transmitida (verbo *paradidomi*, entregar, transmitir, v. 3)⁸, anunciada y creída (v. 11): el objeto de fe no puede ser guardado para sí, sino que debe ser proclamado. Compárese con Rom 10,14-17.

La estancia en Arabia, ¿un proyecto del espíritu?

Antes de recorrer el Mediterráneo para anunciar el Evangelio conforme al testimonio que a partir de ahora debe al misterio de Cristo, Pablo parte hacia Arabia. «Fui a Arabia...» (Gál 1,17). → ***Cronología***. Allí interioriza el encuentro de Damasco. Arabia no es una metáfora, sino que implica un es-

⁸ **Tradicón**, en griego *paradosis*, del verbo *paradidomi*, que significa «entregar», y que frecuentemente se traduce por «transmitir». Estos términos se utilizan en la tradición farisea a propósito de la Torá, aunque adquieren un sentido más fuerte aún, porque en el NT sirven para decir que el Padre entrega al Hijo, que el Hijo es entregado por Judas y que el Evangelio es transmitido.

tancia muy real en el sur de Transjordania, que entonces era el reino nabateo. Esta región se sitúa en el desierto, entre Ammán y Petra. El desierto, en la tradición judía, representa más que un lugar de estancia, el lugar de paso, de una experiencia de la desposesión, la escuela de la Palabra de Dios. Pablo no proporciona detalles sobre lo que hizo durante esa estancia. Si no tiene necesidad de decirlo es que cae por su propio peso. Está habitado de tal manera por la experiencia inaudita que acaba de tener en el camino de Damasco, que alimenta el tiempo pasado en el desierto. Le permite releer las Escrituras, de las que está lleno, a la luz de Cristo. Es todo el contenido del AT el que adquiere un relieve completamente nuevo. Para encontrar a Cristo le basta con releer la Escritura a contrapelo. Así se apropia de la identidad de aquel al que ha combatido con encarnizamiento y determinación persiguiendo a los que confiesan a Cristo como Señor. Estos tres años de maduración preparan el futuro.

III EL CONOCIMIENTO DE CRISTO, HEREDADO DE LA COMUNIDAD

Las cartas conservan la huella de lo que Pablo recibe de la comunidad. Los títulos dados a Jesús son heredados de la comunidad, tanto de la de Jerusalén como de la de Antioquía: «Señor» (*Kyrios*) y «Cristo» (*Christós*). Pablo liga ambos. El título de Hijo de Dios es empleado menos frecuentemente (1 Tes 1,10; Gál 4,4-6); hay que observar que los Hch utilizan una vez ese título y lo ponen en labios de Pablo (Hch 9,20).

Pablo refiere también palabras atribuidas a Jesús. La más sorprendente de estas palabras es la que Jesús dirige a Dios: «Abbá, Padre» (Gál 4,6; Rom 8,15). Pablo también hace referencia a las palabras de Jesús sobre el matrimonio: «En cuanto a los casados, esto es lo que prescribo, no yo, sino el Señor: que la mujer no se separe de su marido» (1 Cor 7,10; cf. Mt 19,1-9; Mc 10,1-12). Recoge también algunas expresiones propias de Jesús: «Benedicid a los que os maldicen, rezad por los que os persiguen» (Rom 12,14; Mt 5,44; Lc 6,27-28); hablando del regreso del Señor, habla del «día que viene como un ladrón»

(1 Tes 5,2; Mt 24,43) o incluso, a propósito del respeto debido a las autoridades, escribe: «Dad a cada cual lo que le corresponde: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; y al que honor, honor» (Rom 13,7), que recuerda el «dad al César lo que es del César» (Mt 22,21; Mc 12,17; Lc 20,25). Evoca la espera del regreso del Señor, que la comunidad expresa en arameo: «*Marana tha*», «el Señor viene» (1 Cor 16,22). Además, es posible que Pablo recoja a su modo textos que son el fruto de prácticas litúrgicas o confesionales cristianas: el himno de Flp 2,6-11, el de Col 1,15-20 o incluso fragmentos de himnos (Ef 5,14; etc.).

De nuevo Damasco

Tras esta estancia en el desierto, Pablo regresa a Damasco, a vivir con la comunidad cristiana (Gál 1,17). → **Cronología; Itinerancia.** Es junto a esta comunidad como continúa descubriendo la vida y la obra de Jesús, que se le reveló a él primero como Señor. Para significar que no debe su apostolicidad más que a la llamada de Cristo, Pablo marca su distancia con respecto a la Iglesia de Jerusalén: no irá a encontrarse con los apóstoles más que después de tres años, tras su estancia en Arabia y esta segunda estancia en Damasco (Gál 1,17-18). Las Iglesias de Judea ni siquiera lo conocen (Gál 1,22), solamente son informadas del cambio radical que se ha operado en él. Durante esta segunda estancia debe huir de la ciudad, escapándose por la muralla. Lo cual situaría el comienzo de su ministerio hacia el 37. → **Cronología.** Después de lo cual evoca un paso por Jerusalén, del que dice que fue breve, por contraste con los tres años, para significar que es el hombre de las naciones.

▮ PABLO Y QUMRÁN

Algunos han pensado que Pablo pudo tener contactos con la secta antes o después de Damasco, debido a expresiones comunes en los escritos de Qumrán y en al-

gunas de sus cartas. En realidad, aunque existen expresiones comunes que proceden de un mundo cultural común, el significado no es idéntico en sus respectivos contextos. Así, a título de ejemplo, se puede citar: «los hijos de la luz», que en Qumrán designa a los discípulos de la secta, mientras que en la perspectiva de Pablo la luz hace referencia a Cristo, «luz del mundo». En Qumrán, el consejo de la comunidad es comparado con «una plantación eterna» o con «la casa de santidad». Imágenes como éstas son utilizadas también por Pablo a propósito de la Iglesia (p. ej. 1 Cor 4,5-17).

Conclusión

En Damasco, Pablo descubre que «Cristo Jesús, el Hijo de Dios, no ha sido sí y no; en él no ha sido más que sí. En efecto, todas las promesas de Dios han tenido su sí en él» (2 Cor 1,19-20). Las Escrituras se iluminan adquiriendo un sentido nuevo, que da la vuelta por completo al conocimiento que tenía de él.

✍ Pistas de trabajo

- *Compruébese en el mapa (p. 39) la situación geopolítica de Damasco.*
- *Reléanse los tres relatos de los Hechos y Gál 1,11-24. Obsérvense las palabras empleadas para hablar del encuentro de Pablo con Cristo en el camino de Damasco.*
- *Compárese el encuentro de Damasco con la llamada de los discípulos narrada por los evangelios. ¿Cuáles son los puntos comunes y las diferencias? ¿En qué sentido Pablo no es un discípulo como los otros? → **La herencia farisea trastocada.***
- *Compárese 1 Cor 11,23-26 con los relatos que los evangelios (Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; Lc 22,14-20) hacen de la eucaristía. Obsérvense los puntos comunes y las diferencias.*